

Hacia una mística y espiritualidad misionera desde Jesús

P. Leonardo Rodríguez

Queridos hermanos, es motivo de mucha alegría, y a la vez, es una responsabilidad enorme encontrarme con ustedes en el contexto que se nos ofrece en el proceso del Congreso Misionero Nacional Argentino, y aún más, el encuadre que nos ofrece el ya en movimiento, Congreso Americano Misionero 6, a celebrarse festivamente en el 2024, en Ponce, Puerto Rico.

En el proceso de discernimiento hacia este congreso continental, hay dos premisas que han estado palpitando fuertemente en los espacios de oración y búsqueda, la primera es la necesidad de recuperar la prioridad y centralidad de la *missio ad gentes* en la vida de la Iglesia; la segunda es la radical urgencia de promover una animación misionera que conlleva la consecuente formación y provoca un dinamismo cooperativo natural e inevitable en la Iglesia, valiéndose para esto especialmente del carisma y la vocación de las Obras Misionales Pontificias que, son expresión privilegiada de la tensión particularidad – universalidad en la que se desarrolla sanamente la vida misionera, sin la cual no hay Iglesia.

Es precisamente este tema: Iglesia particular – misión universal, el que se nos ha propuesto reflexionar en esta oportunidad. Ahora bien, la opción de recorrer algunos principios eclesiológicos que ofrecen sustento suficiente para que cada uno de los miembros de la Iglesia particular asuma su vocación misionera universal, nos ha parecido una posibilidad que podríamos desestimar, no porque no valga, sino porque estamos seguros, formará parte de las discusiones y las posibles orientaciones prácticas que el mismo congreso pueda ofrecer.

En consecuencia, elegimos recorrer otro camino, en el cual les invitaré a asumir una actitud contemplativa frente a la experiencia de Jesús de Nazaret, en cuya identidad, vida pública y su pascua se establece un camino místico y espiritual que, espero, nos sirve de inspiración para re-encantar el corazón y convertirnos para fortalecer y renovar el sí misionero con horizonte universal.

Antes de iniciar nuestra mirada contemplativa, voy a aclarar tres términos que utilizaré frecuentemente, y que pueden ser interpretados polivalentemente, así que por honestidad y transparencia quiero decirles a que me refiero cuando los menciono:

1. MISIÓN. La primera palabra es precisamente la más resonada, debajo de la sombrilla de la misión, entran tantas comprensiones, experiencias y visiones diferentes que se hace necesario precisar a que me refiero y a que no me refiero al decirla. La misión no es estrategia, no es programación práctica, ni planificación de acciones o eventos; y ya que estoy en lo que no es misión, vale decir que, tampoco es proselitismo, ni adoctrinamiento, mucho menos una “moralización” de las vidas y decisiones de otros.

La misión es una forma de vida, un estilo de Iglesia que nos identifica con el estilo de Dios, en este sentido, cada vez que digo misión, o Iglesia misionera, observo la capacidad vincular de esa Iglesia, la disposición al encuentro respetuoso y dialogal con los diversos creyentes, o con los no creyentes. El diálogo conduce al anuncio testimonial y explícito que permite la madurez de la misma Iglesia y por supuesto el de aquellos interlocutores con los que interactúa. El paradigma es el mismo Jesús. Iglesia dime como te vinculas y te diré como vives tu misión.



2. **ESPIRITUALIDAD.** No se trata de la piedad con la que vivimos, sino de la forma visible en la que se concreta nuestra identidad cristiana y que nos permite ser quienes somos en nuestra relación con nosotros mismos, con Dios, con su creación, y con los demás, siendo fuente de opciones y compromisos que rompen las barreras del intimismo para llevarnos a responder vocacionalmente al Reino de Dios y sostener creativamente esta respuesta.
3. **MÍSTICA.** Podría ser o parecer innecesario realizar una distinción entre espiritualidad y mística, sin embargo, prefiero, con la mejor intención, utilizar “mística” para referirme concretamente al modo de creer y de anunciar, que involucra obligadamente la dimensión interior, emocional y afectiva. Por ejemplo Jesús es judío, vive su espiritualidad que es judía, unida a la fe y tradición de su pueblo, pero vive una mística propia que lo hacen novedoso y radicalmente especial, su modo de creer y anunciar es muy distinto de lo que se podría esperar de un judío creyente de su época. Incluso esta forma concreta del hombre Jesús parece no dejarse “atrapar” por los modelos de esperanza mesiánica que recorren los siglos de historia de su pueblo.

Una mirada al escenario misionero actual

Permítanme una consideración personal sobre panorama misionero actual, atreviéndonos a ofrecer una respuesta a la pregunta ¿cuál es el desafío misionero hoy? El escenario de oportunidad y desafío misionero actual tiene la clave en la cultura, entendiendo ésta básicamente como, el modo de vida concreto de la persona, de los grupos humanos, de las sociedades. Hace algunos años, después de acabado el CAM V, realizamos un minucioso estudio de los congresos misioneros continentales, del desarrollo histórico, los temas y contenidos que en estos momentos fuertes de animación misionera se han venido celebrando por más de 4 décadas, allí encontramos fortalezas y desafíos. Uno de los aspectos más curiosos, a mi modo de observar, es que en más de uno de los congresos, la inculturación, ha estado presente en la iluminación teológica, en el debate, y hasta en las conclusiones. Sin embargo, no hay demasiadas evidencias de que esta reflexión desencadene suficientes experiencias visibles de una fe inculturada. No digo que no exista, pero el sabor que queda es, al menos, a poco.

Durante el pontificado del Papa Francisco, hay quienes observan que, no hay un lenguaje explícitamente misionero, pero, si comenzamos desde *Evangelii Gaudium* y vamos acompañando el pensamiento del Santo Padre, es posible que no encontremos demasiadas explícitas alusiones a la *missio ad gentes*, pero, el modelo de Iglesia, la conciencia de pertenencia al Pueblo de Dios, en diálogo con el mundo, en una dinámica sustentada en la experiencia de periferia y asumiendo la diversidad poliédrica de la realidad, confluyen en una invitación a la conversión misionera cultural y antropológica profunda que produce una conversión eclesial. Por esto me ha parecido que la contemplación del misionero, el enviado del Padre, Jesús de Nazaret, nos ofrece la verdadera motivación misionera que nos dispara en clave *ad gentes*.

Me resta, retomar, la invitación inicial, les propongo la actitud contemplativa, es decir poner todos nuestros sentidos en la intención de ver, escuchar, olfatear, percibir la experiencia, el tono y el color de la vivencia, porque el objetivo que perseguimos es dejarnos interpelar por esa experiencia para que cautivados, renovemos nuestra entrega misionera universal, fieles a la vocación bautismal.

Así nos disponemos a encontrar con algunas de las dimensiones místicas espirituales del Misionero del Padre. Voy a seguir en estas reflexiones el pensamiento de Uríbarri Bilbao, sj.

Hijo de Dios

El ser Hijo de Dios nos presenta la realidad más honda, sustantiva y definitoria de la identidad y personalidad de Jesús. Él posee un estilo propio de ser Hijo. En esta consideración no son pocos los autores que coinciden, entre los cuales está Ratzinger. Si deseamos entender adecuadamente a Jesús de Nazaret, aquí tenemos una clave significativa. Jesús es el Hijo engendrado desde la eternidad por el Padre. Y si esto es así, toda la historia, el compromiso, el estilo, las formas de comunicación y servicio que despliega Jesús tienen el trasfondo de poner en movimiento, en acción su ser filial. La mística y la espiritualidad de Jesús tienen su premisa en esta identidad filial, su relación con Dios, con el mundo, con sus contemporáneos, el modo de enfrentar los conflictos y las oportunidades estará marcado, teñido y condicionado por esta identidad.

Nos detenemos en las características de la filiación de Jesús, aquello que la determina, lo que nos permite responder a la pregunta: ¿Cómo vive Jesús su ser Hijo de Dios?

Intimidad. Jesús vive una especial intimidad con Dios que le permite llamarlo “Papito” “Abbá”. Esta cercanía Padre – Hijo, se transmiten a los discípulos que conviven con Él, a quienes les enseña a orar. En esta intimidad se manifiesta claramente la autocomprensión de Jesús.

Confianza y Obediencia. Jesús no vive su filiación como una posibilidad de ventaja, es decir que no aprovecha esta condición para esquivar las vicisitudes históricas, o como eliminar fuerzas enemigas; no se ahorra contradicciones ni pesares.

Auto-reconocimiento. En la presentación de la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12), Jesús da señales de entenderse a sí mismo como el Hijo en cuestión.

Unicidad de su filiación. Después de la resurrección y la aplicación de los salmos reales sobre la filiación del Mesías, se llega a la convicción de la filiación única y ontológica de Jesús. También los relatos de la infancia presentan a su modo esta realidad insistiendo en la encarnación del Verbo Eterno.

Pero, hay un episodio inevitable, si queremos contemplar esta dimensión filial de la vida de Jesús de Nazaret, se trata del relato del bautismo, al inicio de su misión en la que se hace evidente, a través de sus palabras y obras, la llegada del Reino. En esta escena el mismo que es ungido como Mesías es declarado Hijo de Dios (Mc, 10 – 11).

Consecuencias en la Mística Misionera de Jesús y en nuestra mística cristiana

Este vínculo de Jesús con el Padre, que determina su identidad, afecta de manera directa su misión, y naturalmente, esta realidad repercute directamente en nuestra misión, que es, continuidad de la única misión de Jesús.

Ser Hijo es ser en relación con el Otro

Jesús nos enseña una relación personal con Dios, y por eso su mística es personal y dialógica. Dios deja de ser el inabarcable para ser el Padre. En la teología judía Dios es inabarcable por los

conceptos, por eso no se lo nombra. Jesús rompe con esta concepción, y Dios aparece como un Tú, otro, el Padre. Esta palabra es tan adecuada para referirse a Dios que está incluida en la oración que Jesús enseña. Es la enseñanza del Hijo que nos acerca al Padre.

La mística de Jesús no es la mística del silencio, de la renuncia a la palabra, del vaciamiento de la imaginación. El lenguaje familiar que Jesús utiliza para referirse al Padre nos enseña un rostro de Dios, el del Padre, cuya paternidad fontal es potente.

Entender el vínculo de la fe como relación de alteridad, que no cosifica a Dios, sino que lo asume en su ser Persona, establece parámetros muy claros a la hora de pensarnos, comprendernos en esa relación, y por cierto también nos permite anunciarlo, desde el reconocimiento de la alteridad.

Tres palabras claves: Complicidad – Obediencia – Envío.

La complicidad del Hijo con el Padre nace del amor, precisamente de esa relación Padre – Hijo en el Espíritu. El Hijo percibe desde su generación los deseos de redención del Padre, los hace suyos y esto lo dispone a ser enviado, encarnarse y entregar la vida. Esto es básicamente la misión.

El mandato misionero del Padre, no será jamás una imposición para Jesús, es la expresión precisa de que el Padre lo ama y de que Él ama al Padre.

Esa complicidad con el plan del Padre, hace que Jesús sea capaz de descentrarse y alcance la obediencia plena, reconociéndose enviado a una misión que no elige y que le es propia solo en cuanto que la recibe.

Siguiendo este pensamiento, debemos decir que, nosotros, en cuanto, amigos y discípulos de Jesús, recibimos de Él el mandato misionero, inseparable del mandamiento del amor, éste último es el que da contenido a la misión, despojándola de un sentido moralista y aplastante, como en ocasiones se ha percibido a la Iglesia y su misión. También nosotros debemos hacer el ejercicio personal y eclesial de descentramiento y asumir la complicidad a la que nos llama. Lo que seguirá será nuestra obediencia libre al plan salvador de Dios.

Jesús es “el enviado”, la mística cristiana es por definición la mística del envío, es decir, sabemos y reconocemos cuanto más descentrados más centrados, somos más nosotros mismos en cuanto obedecemos al Padre y nos dejamos conducir por el Espíritu.

Dos experiencias: compasión y perdón

Como Hijo del Padre, Jesús sigue los deseos de Dios que son compasión y misericordia. Como Padre, Dios puede exigir obediencia (Señor), pero también es compasivo y misericordioso (Padre de bondad), Lucas lo sostiene cuando asevera: “Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso” (Lc 6,36). De aquí se desprende que la mística cristiana combina, como Jesús, la obediencia a Dios con la compasión hacia las personas. Cuando Jesús profundiza su identidad filial revela el rostro de compasión y misericordia del Padre. Esto se traduce en acogida del pecador y perdón de los pecados, al punto de que la entrega de su vida está vestida de perdón. La misión nos exige asumir la lógica del perdón como fidelidad al mandamiento del amor.

Al servicio del Reino de Dios

El ministerio servicial de Jesús está orientado claramente al anuncio de la llegada del Reino de Dios, y en este servicio, despliega rasgos propios de su espiritualidad y su mística. Sus palabras, gestos, actitudes que desconciertan y provocan, conforman el combo místico espiritual en movimiento, en acción, que hace visible el Reino.

No encontraremos una explicación, por parte de Jesús, sobre el Reino, sus contenidos, o sus características, de hecho la expresión es puesta en sus labios como metáfora o expresión simbólica, que, la gente podía entender sin necesitar una definición. Jesús y su ministerio es la explicación del Reino.

Parece estar bastante claro que, el “Reino de Dios”, tiene una doble dimensión, por un lado es expresión que refiere al acto de reinar de parte de Dios, por otro lado, hace referencia a los efectos de este reinado. Según la primera, Dios es Señor. Según la segunda, Dios ejerce su señorío sobre alguien o sobre algo. Entonces, también se hace referencia al espacio, al reino sobre el que Dios reina y al pueblo sobre el que reina.

Algunos autores sostienen que la expresión “Reino de Dios” es una manera de referirse a Dios. Ratzinger dice que al hablar del Reino de Dios, Jesús nos pone en relación con Dios.

Nos interesa rescatar que la centralidad del Reino en la predicación y la obra de Jesús señala especialmente el sentido histórico de la intervención de Dios. El Reino pide reacción, llega a las personas y pide aceptación y apertura o rechazo. Es necesario decir que el Dios del Reino es un Dios personal, con el que nos relacionamos desde lo propio de nosotros. El Reino se hace participación precisamente en la misión de Jesús que hoy es nuestra.

Todo en Jesús es adhesión y entrega al Reino, toda su existencia es lenguaje del Reino. Para intentar entender el Reino recurrimos al todo el ministerio de Jesús:

- Los milagros
- Relación con los pecadores y marginados
- La llamada al seguimiento y formación de una comunidad discipular
- La ruptura con algunas tradiciones relativas al sábado
- La cena final y su comprensión
- Varias parábolas
- El Padrenuestro
- Las Bienaventuranzas

Veamos algunas características de la espiritualidad y mística que Jesús despliega en su servicio al Reino:

1. Mística Servicial

El profeta Isaías, de manera especial, acentúa en el AT la revelación en clave de servicio y humildad, esto se visualiza especialmente a través de los reconocidos cánticos del Siervo de Yahvé (Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-53,12). El Siervo, es elegido por Dios y lleva a cabo la obra salvadora a través de la entrega de su vida.

Jesús mismo se identifica como el Siervo de Yahvé y vive esta mística de servicio y ofrenda de la vida.

En el NT existe una continuidad de esta espiritualidad, ejemplo de ello son el Apóstol Pablo, que se comprende a sí mismo como “ministro”, servidor del Evangelio (Hech 20,24). En esa misma clave puede ser leída la vocación y la misión de la Virgen María, que se declara “esclava del Señor”, personificando el servicio en su proyecto de vida, de manera alegre y entusiasta.

Será la Carta a los Filipenses, que nos presenta el conjunto del misterio de Cristo en el muy conocido himno del capítulo 2:

“El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo” (Flp 2,6-7).

En el texto completo del himno, parece quedar claro que lo propio de Dios es precisamente esa capacidad de abajarse, vaciarse, hacerse esclavo y servidor, atender las necesidades de los otros. Descubrimos así en Jesús, la personificación del servicio, es el Siervo por excelencia que se dispone totalmente al servicio del plan de Dios.

De estas referencias podemos recoger algunas características de la mística servicial de Jesús, que, son válidas para nosotros en nuestro tiempo también:

- En la escuela de María: el servicio vivido desde la alegría de saberse instrumento elegido y querido por Dios.
- En el camino del descentramiento, de no poner el yo, su satisfacción, su realización, la exploración de sus sentimientos gratificantes como objetivo. Esto hoy, es contracultural, el ego es objeto de estímulos permanentes y fuertes.
- Atención y obediencia al plan de Dios. Esta dimensión nos exige acentuar la dimensión de discernimiento constante, personal y comunitario.
- Entrega incondicional, completa. No voluntarista ni altruista, sino en la medida humana, es decir, soy esta persona y sus circunstancias y respondo a Dios entregándole lo que soy y dejándome transformar por Él.
- Cultivar la amistad con Dios para alcanzar los mismos sentimientos de Jesús (Flp 2,5). La amistad se construye a partir del encuentro libre, gratuito, compartido con la comunidad eclesial.

2. Mística del decir

Parte importante del ministerio de Jesús está dedicado a la enseñanza, considerando parte de ésta las discusiones con los que podemos entender como adversarios suyos. Jesús enseña sobre los grandes temas del judaísmo: la Ley y su interpretación, poniéndose él mismo como modelo de fidelidad a Dios, un ejemplo de esta experiencia es el Sermón de la Montaña (Mt 5); hablará también del sentido del Templo. En su enseñanza recurre a la Escritura, así como a su experiencia, sabiduría, perspicacia y percepción de la realidad.

Las parábolas ocupan un lugar significativo en la enseñanza de Jesús. En ellas Jesús demuestra su capacidad como maestro popular (no populista), capaz de establecer un vínculo con la gente sencilla y sostener un lenguaje entendible y cercano desde las realidades cotidianas y comunes de la vida.

Esta dimensión pedagógica del ministerio de Jesús es motivo de alegría y de interpelación para la Iglesia de hoy, sobre nuestros lenguajes, y claramente no me refiero solo a las palabras, aunque analizar solamente los discursos nos permitiría entender que tan cercanos o lejanos nos encontramos de este paradigma. La Buena Noticia necesita del desarrollo de una capacidad comunicacional que no es solo fruto de una estrategia o de unos medios, sino de una intencionalidad honesta y de una habilidad respetuosa, inteligente, amplia y genuina de comunicación.

Varias de las parábolas hacen referencia al reino, expresando su llegada y su presencia, acompañada de la necesidad de un cambio de vida, de una toma de decisión y de una preparación para el juicio, porque desde Jesús y su servicio al reino, la consumación del tiempo se inicia. Algunas de las imágenes expresadas en el discurso de estas parábolas manifiestan precisamente este tiempo, aquí mencionamos algunas:

- La luz ya resplandece (Mc 4,21)
- Ha llegado la hora de la cosecha (Mt 9,37)
- La higuera que reverdece (Mc 13,28)
- Vino nuevo que requiere odres nuevos (Mc 2,22)
- La fiesta se está celebrando (Lc 15,22)

Todas estas parábolas e imágenes hablan del cumplimiento del día prometido por Yahvé, de la llegada del Reino.

Se podría hacer un intento de agrupación de las parábolas del Reino siguiendo una cierta trama:

1. Una serie de parábolas presentan el Reino como actual y presente: la perla preciosa (Mt 13,44-46); el banquete al que es invitado (Lc 14,16-24); la semilla que ya está creciendo (Mc 4,1-20); aunque sus comienzos son desde la pequeñez, grano de mostaza (Mc 4,30-32); y la levadura (Mt 13,33).
2. Esta llegada aparece como una buena noticia de parte de Dios, incluye el perdón de los pecados y la búsqueda de los perdidos. (Cfr. Lucas 15)

3. Pide una decisión y compromiso por parte de quienes reciben la buena noticia. Conversión
4. La seriedad de la conversión se percibe frente al juicio inminente, que pide vigilancia, discernimiento, atención y misericordia con el necesitado.

De las parábolas brotan algunos rasgos de la mística cristiana que vale la pena recoger, son propias de la mística de Jesús y lo son nuestras:

- Es una mística creativa, que genera un lenguaje propio, sencillo, cercano, accesible y popular.
- El reino se propone y no se impone. Se anuncia como buena noticia.
- Incluye decisión (en libertad), conversión, vigilancia, discernimiento.
- El anuncio debe ser interpelante y provocador a la vez que respetuoso.
- El reino es anunciado como obra de Dios (Gracia) y no obra nuestra. Al Reino no lo construimos, nos abrimos a Él o no. En todo caso, como hemos visto, al Reino lo servimos.
- Entrar en el reino implica seguir el modo de actuación de Dios, que, en las parábolas queda demostrado, parece cambiar el sentido común, siembra al voleo, busca una oveja arriesgando el rebaño, paga el mismo salario a los obreros sin considerar las horas trabajadas, organiza un banquete e invita a los indignos, comienza desde la pequeñez, se detiene en un lugar peligroso durante su viaje, envía a su Hijo único, organiza un banquete por el hijo perdido.
- El Reino nos pide vivir con capacidad de sorpresa, porque Dios desconcierta y desinstala, su justicia no es como la nuestra, su amor no tiene sentido común, ni es auto-centrado.

3. Mística del seguimiento comunitario

Jesús funda y conforma un grupo de seguidores, y esto es distintivo en Él, su mística pasa por compartir su misión, su sentido de Dios con quienes lo siguen, los forma y los asocia a su misión al servicio del Reino.

La autocomprensión que Jesús tiene de sí y de su misión lo lleva directamente a la gente. Podemos decir que Jesús es un profeta de gente (vestido normalmente, recorriendo ciudades, participando de las comidas. Jesús orienta su ministerio a toda la gente de su pueblo. Aquí podemos intuir algunas pistas para una eclesiología misionera muy concreta y práctica.

El grupo de discípulos se estructura en torno de Jesús, después que Él los elige y llama, incluyendo las mujeres. Existe una relación personal entre cada uno de los llamados y el que los llama, el seguimiento es la clave, Jesús provoca un movimiento, ponerse detrás de Él y seguirlo, para desembocar luego en el envío, el envío a la misión que se da en pobreza y asumiendo el mismo poder de Jesús con el objetivo de predicar el Reino, predicación que va acompañada de signos.

Llamado y envío son inseparables, esta dinámica marca el ritmo de la vida de fe, cuando en la vida del cristiano no se visualiza esta dinámica, debemos tomarnos muy en serio algunas

interrogantes, especialmente aquellas que pueden surgir en torno a la iniciación cristiana, los procesos vocacionales en clave de fe... y aquellas que pueden cuestionar nuestra manera de vivir la comunión, la pertenencia al cuerpo de la Iglesia, donde carismas y vocaciones se articulan complementándose y enriqueciéndose mutuamente.

La centralidad de Jesús en esta experiencia discipular misionera está manifiesta en su iniciativa y en su autoridad. En las llamadas al seguimiento de Jesús encontramos el ejercicio de una autoridad, de su parte, muy radical. Sus llamadas se aproximan a la experiencia de los profetas del AT, donde Dios les pide renuncias y confianza plena en Él. Claramente Jesús asume el lugar de Dios. El contenido de la llamada es siempre a compartir su misión de servicio al Reino. Y el estilo del seguimiento misionero está condicionado por un estilo que identifica al llamado – enviado a configurarse con Jesús, participando de su vida y destino. Aspectos de esta experiencia, son los siguientes:

- **Habilitación.** Jesús da a sus discípulos su mismo poder de curar y liberar.
- **Envío.** Jesús envía a los discípulos a predicar la llegada del reino.
- **Interlocutores.** La misión tiene por interlocutor a todo el pueblo de Israel.
- **Estilo.** Los discípulos son llamados a vivir como Jesús en pobreza, itinerancia y misión.
- **Desenlace escatológico.** El destino final depende de la opción hecha frente al Hijo de Dios.

La llamada conlleva radicalidad, esto es que el centro lo ocupa Jesús, el centro de la vida personal, el centro de la vida eclesial. Jesús exige un constante proceso de resignificación de la persona, sus elecciones, su pertenencia, sus vínculos.

La Paternidad de Dios genera una nueva pertenencia, la referida a la fraternidad humana universal que se distingue por la búsqueda común de la voluntad de Dios y su cumplimiento.

Lo podemos resumir en tres puntos:

1. Centralidad de Jesús
2. Confianza plena en Dios, expresada en la radicalidad, itinerancia y pobreza
3. Respuesta personal e intransferible (que incluye la vida comunitaria)

4. Mística de la comida y la fiesta

Si podemos decir que hay una característica particular en la espiritualidad de Jesús, es ésta precisamente, la de forma de abordar la comensalidad.

Con las personas con quienes comemos frecuentemente establecemos relaciones estrechas, porque compartir el alimento abre la posibilidad del conocimiento mutuo, la amistad, la comunidad. La comida es una de las expresiones más importantes de la fraternidad.

Antropológicamente se comprende que a través de la comida establecemos una relación primaria y fundamental con la naturaleza, y también con otras personas; comer no es un simple ejercicio de la biología, sino una verdadera elaboración cultural densa en significados.

En las sociedades antiguas las comidas reflejaban todo el horizonte social al establecer con quien se come y quien sirve, donde se colocaban los comensales, quien se sirve en primer lugar, que es una comida especial y a quien se le ofrece. En la comida queda en evidencia la estructura social. En esta clave comer a solas o comer con otros puede significar abrir fronteras o cerrarlas.

Efecto Jesús: en las comidas Jesús reprograma la vida del Pueblo de Dios

Jesús tiene un estilo para comer, en él aparece una constante: transgredir fronteras que establecen la inclusión y la exclusión. La fundación de la comunidad discipular pasa por la comida "abierta" a todos. Es comprensible que este estilo comensal pusiera bajo amenaza la preservación identitaria de Israel, así se comprende la controversia que se reaviva en torno a las comidas de Jesús.

En tiempos de Jesús, el banquete es una figura escatológica que necesitamos entender.

Israel tiene en su haber la experiencia tensa de la amenaza de su identidad por parte de los pueblos extranjeros, y una de las formas de preservar su identidad es cuidar la observancia de las leyes de pureza, relacionadas a los alimentos y los comensales. Estas leyes las podemos encontrar en Levítico 11. No se prohíbe estrictamente comer con extranjeros, pero es la práctica, por parte de los paganos de la no purificación de la vajilla y algunos alimentos proporcionados por ellos, llegando al siglo II a.C. a establecer que los mismos son impuros. Quien comía con impuros se volvía impuro, rompiendo las fronteras de lo permitido y afectaba su pertenencia a la comunidad, se convertía en sujeto de un proceso de purificaciones rituales que lo conducían a la reinserción.

Quienes más confrontan con Jesús por estas cuestiones son los fariseos. Los fariseos del siglo I tenían la pretensión de extender en sus hogares la pureza que se encarnaba en el Templo. Los fariseos debemos entenderlos como laicos que aspiran a reflejar en sus casas el modelo del Templo, y su especial preocupación va en torno a la mesa, sus normas y las condiciones para los comensales. Para ellos la comida diaria es un acto religioso en el que se juega la conservación de la identidad y la conducta que agrada a Dios.

¿Qué pasa con Jesús?

Su comportamiento no es fruto de una improvisación ideológica o subversiva. Sus comidas subvierten la imagen de Dios, lo que le agrada como culto cotidiano, y la comprensión de la propia identidad del Pueblo que no se fortalece por la separación.

Los relatos de comidas con los pecadores que nos presentan los evangelios están asociados a la eucaristía. El signo típico de los cristianos es la fracción del pan, que es la expresión más sensible del nuevo Israel, que es precisamente una comunidad de mesa entre judíos y gentiles. En estas comidas está la semilla que luego conducirá a la comunión de mesa con los paganos. Mientras la religión judía se construye sobre la distinción, la Iglesia de los seguidores de Jesús se construye por la comunión de la mesa, mientras que la religión de Israel tiene su centro en el Templo, la Iglesia naciente tiene su centro en la fracción del pan en las casas.

Las comidas son anticipo del banquete escatológico del reino, se distinguen por la abundancia, la fraternidad, la reunión de los pueblos en su diversidad, el perdón, el consuelo y el triunfo de la vida sobre la muerte. Las comidas de Jesús con los pecadores conectan de forma explícita con la paternidad de Dios, que es Padre de todos, recibe a todos, y mide su justicia por la misericordia.

En su servicio al Reino, Jesús lo anuncia, lo enseña en las parábolas, lo hace visible en las curaciones, liberaciones y establece una comunidad de mesa donde los impuros, pecadores, publicanos y prostitutas tienen lugar.

Las comidas de Jesús con los pecadores transforman la identidad del pueblo de Israel y son semilla del nuevo Pueblo, cuyo fundamento está en la nueva alianza que se sella con una comida, y contienen una nueva imagen de Dios, de lo que agrada a Dios, de lo que significa estar en comunión con Dios en la vida cotidiana.

A partir de esta experiencia el código de santidad se enriquece maravillosamente, donde el llamado “sean santos como Dios es santo”, se engrosa con la novedad: “sean misericordiosos como su Padre es misericordioso” (Lc. 6,36). Podemos sostener a este punto que sin acogida y sin hospitalidad no hay misión de Jesús, en consecuencia no hay misión de la Iglesia.

Iglesia dime como funciona tu mesa y te diré como vives tu misión.

En el contexto de las comidas de Jesús es necesario considerar otro aspecto de la mística cristiana: la convivialidad.

La mística de Jesús es inclusiva y convivial, y lo podemos señalar en tres aspectos:

- La indigencia de los que somos invitados a la mesa de Jesús.
- Jesús es insultantemente inclusivo (como con los prohibidos).
- Jesús incorpora en la dinámica comunitaria, a través de las comidas, la dimensión festivo-celebrativa de la misión.

En estos tres aspectos hay una referencia directa a la universalidad de la misión: Dios es Padre de todos, no solo los que se comprenden como buenos, la comensalía y la convivialidad de Jesús así lo enseña, y nos lleva a configurar la vida misionera en esta misma clave.

Y para terminar el tema del Reino, debo mencionar, sin profundizarlo, por cuestiones de tiempos, que vale la pena ahondar en la riqueza misionera de la vida celibataria y la vida matrimonial.

Finalizando, es justo señalar, aunque es más que evidente que no hemos realizado un tratado completo de lo que puede ser considerado la espiritualidad de Jesús, no hemos hablado, por ejemplo, de la oración de Jesús. Hemos querido detenernos en estas dos dimensiones que nos permiten destacar la mística y espiritualidad como una cuestión relacional. Entendemos que la misión es una cuestión relacional, sin querer hacer un reduccionismo, básicamente, la misión se juega en la relación que el sujeto (persona) establece con Dios, consigo mismo, con los otros, con la creación. Y si aplicamos la misma lectura al sujeto “Iglesia Local”, podremos encontrar una fuente de renovación misionera escala humana, visible y realizable.

Insisto en que la fortaleza de la misión está en este redescubrimiento o fortalecimiento de pertenencia mística y espiritual en Jesús y con Jesús.

INVITACIÓN AL TRABAJO EN GRUPOS

- 1. Compartir resonancias de lo escuchado**
- 2. ¿Qué preguntas nos surgen a partir de una confrontación rápida de lo escuchado con la realidad de nuestras Iglesias Locales?**